

AQUI POESIA

22

MAROSA DI GIORGIO MEDICIS

HISTORIAL DE LAS VIOLETAS



AQUI POESIA
Publicación bimestral

Director: Ruben Yacovski
Montevideo - Uruguay

ALGUNOS TITULOS
PUBLICADOS

Por modo extraño, por Jorge Medina Vidal.

Tiempo del padre, por Generoso Medina (agotado).

De este mundo, por Saúl Ibargoyen Islas (agotado).

Montevideo al Sur, Juan C. Legido (2ª edic.).

Poesía, por Julio J. Casal.

Desde antes de la infancia, por Ma. A. D. de Guerra.

Poemas de los diez días, por Enrique Elissalde.

Muchacho, por Rubén Yacovski.

Los meses, por Saúl Ibargoyen Islas.

Los patios negros, por Nelson Marra.

Hoy en yo-tú, por Roberto Maertens.

Para decir la verdad, por Enrique Amorim.

Los arcángeles ebrios, por Roque Vallejos.

TESTIMONIO

La tinta sometida, ensayo, por Hernán Píriz.

Seis pares de zapatos, novela por Alfredo Gravina.

Marcha y contramarcha, novela, por Matilde Legido.

La valija, teatro, por Mauricio Rosencof.

La defensa de Paysandú, ensayo, por Fco. R. Pintos.

Mejor es Meneallo, por Damocles.

HISTORIAL DE LAS VIOLETAS

[Handwritten signature]
1920
1921

**Copyright by Aquí Poesía.
Printed in Uruguay**

**Montevideo, 1965
impreso en Uruguay**

MAROSA DI GIORGIO MEDICIS



HISTORIAL DE LAS VIOLETAS



AQUI POESIA, MONTEVIDEO, 1965.

A Pedro di Giorgio y Clemen Médicis, mis padres.

I

Me acuerdo del atardecer y de tu alcoba abierta ya, por donde ya penetraban los vecinos y los ángeles. Y las nubes —de las tardes de noviembre— que giraban por el suelo, que rodaban. Los arbolitos cargados de jazmines, de palomas y gotas de agua. Aquel repiqueteo, aquel gorjeo, en el atardecer.

Y la mañana siguiente, con angelillas muertas por todos lados, parecidas a pájaros de papel, a bellísimas cáscaras de huevo.

Tu deslumbrador fallecimiento.

II

Cuando miro hacia el pasado, sólo veo cosas desconcertantes: azúcar, diamelas, vino blanco, vino negro, la escuela misteriosa a la que concurrí durante cuatro años, asesinatos, casamientos en los azahares, relaciones incestuosas.

Aquella vieja altísima, que pasó una noche por los naranjales, con su gran batón y su rodete.

Las mariposas que, por seguirla, nos abandonaban.

III

Por el jardín las flores, las cebollitas tornasoladas. Es la tarde de María Auxiliadora. Y la Virgen está allá en el cielo pintada con sus pimplitos, su alhelí, dulcemente a la acuarela, con su niño y sus estrellas. Y un ángel —pequeño— se hace evidente cerca de su sien, resplandece por un instante, desaparece, vuelve a aparecer. De pronto, se lanza hacia la tierra, cruza el bosquecillo, entra en la casa, se asoma a los pasteles de manzana, me mira a mí que lo miro fijamente y empiezo a llorar, se va volando, volando, de nuevo, hasta la Virgen.

IV

Es la noche de las azucenas de diciembre. A eso de las diez, las flores se mecen un poco. Pasan las mariposas nocturnas con piedrecitas brillantes en el ala y hacen besarse a las flores, enmaridarse. Y aquello ocurre con sólo quererlo. Basta que se lo desee para que ya sea. Acaso sólo abandonar las manos y las trenzas. Y así me abro a otro paisaje y a otros seres. Dios está allí en el centro con su batón negro, sus grandes alas y los antiguos parientes, los abuelos. Todos devoran la enorme paz como una cena. Yo ocupo un pequeño lugar y participo también en el quieto regocijo.

Pero, una vez mamá llegó de pronto, me tocó los hombros y fueron tales mi miedo, mi vergüenza, que no me atrevía a levantarme, a resucitar.

V

Anoche realicé el retorno; todo sucedió como lo preví. El plantío de hortensias. La Virgen — paloma de la noche— vuela que vuela, vigila que vigila. Pero, los plantadores de hortensias, los recolectores, dormían lejos, en sus chozas solitarias. Y mi jardín está abandonado. Las papas han crecido tanto que ya asoman como cabezas desde abajo de la tierra y los zapallos, de tan maduros, estiran unos cuernos largos, dulces, sin sentido; hay demasiada carga en los nidos, huevos grandes, huevos pequeñitos; la magnolia parece una esclava negra sosteniendo criaturas inmóviles, nacaradas.

Toqué apenas la puerta; adentro, me recibieron el césped, la soledad. En el aire de las habitaciones, del jardín, hasta han surgido ya, unos planetas diminutos, giran casi al alcance de la mano, sus rápidos colores.

Y el abuelo está allí todavía ¿sabes? como un gran hongo, una gran seta, suave, blanca, fija.

No me conocíó.

VI

Aquel verano la uva era azul —los granos grandes, lisos, sin facetas—, era una uva anormal, fabulosa, de terribles resplandores azules. Andando por las veredas entre las vides se oía de continuo crecer los granos en un rumor inaudito.

Y en el aire había siempre perfume a violetas.

Hasta las plantas que no eran de vid daban uvas. Llegaron mariposas desde todos los rumbos, las más absurdas, las más extrañas; desde los cuatro rumbos, llegaron los gallos del bosque con sus anchas alas, sus cabezas de oro puro. (Mi padre se atrevió a dar muerte a unos cuantos y se hizo rico).

Pero, salía uva desde todos los lados. Hasta del ropero —antigua madera— surgió un racimo grande, áspero, azul, que duró por siempre, como un poeta.

VII

Yo no sé, pero, veo a la langosta, en su plato de plata, roja, delicadísima, castaña; bajo sus costillas de arroz, viven el amor, la champaña, las bodas futuras, los crímenes extraños, el agua, todo vive bajo su sacón de pimpollitos rojos.

VIII

A veces en el verano, llueve, sólo un poco, debajo de los árboles. Entonces, aparecen los grandes caracoles que avanzan siempre como si estuvieran inmóviles; pero, avanzan siempre, estiran el cuello, todo lo miran y escudriñan. A veces, se retraen tanto, se vuelven tanto sobre sí mismos, que ya parecen yo-yós de nácar, tomates de cristal.

Ese ejército espumoso me da miedo y alegría. Y mamá allí, que inmóvil vigila con sus largas alas, sus "aigrettes".

IX

Anoche, vi otra vez, la cómoda, la más antigua, la de las bodas de mi abuela y la juventud de mi madre y de sus hermanas, la de mi niñez: allí estaba con su alto espejo, sus canastas de rosas de papel.

Y vino la periquilla blanca —casi una paloma— desde los árboles, a comer arroz en mis manos. La sentí tan bien que iba a besarla.

Pero, entonces, todo llameó y se fue.

Dios tiene sus cosas bien guardadas.

X

A esta hora las chacras se quedan solitarias; pero, de vez en vez, sobresalen de entre las hojas, las cabezas negras de los ladrones.

Andando por algún camino, surgen de pronto, los gallos salvajes y se están allí, de pie en el aire —la uña en corva, la negra cresta llameante—, están allí de pie, escudriñando, escuchando.

Y antiguas voces, clamores increíbles, vuelven a contar, a anunciar sucesos ya remotos, viejas bodas, viejos funerales.

Y la luna, quieta, traicionera, en su cueva de membrillos.

XI

El gladiolo es una lanza con el costado lleno de claveles, es un cuchillo de claveles; ya salta la ventana, se hinca en la mesa; es un fuego errante, nos quema los vestidos, los papeles. Mamá dice que es un muerto que ha resucitado y nombra a su padre y a su madre y empieza a llorar.

El gladiolo rosado se abrió en casa.

Pero, ahuyéntalo, dile que se vaya.

Esa loca azucena nos va a asesinar.

XII

Aquellas botellitas de perfume, aquellas botellitas color oro, color limón de oro, color perfume, aquellos porroncitos diminutos, aquel sándalo, aquella clavelina, esa violeta, pesaban como un higo, como un solo grano de uva, rojo y rosado y color oro, como un grano de uva roja y rosada y color oro aquellas botellitas increíbles. En torno a ellas reconstruyo la casa.

¿Dónde habitarán ahora? ¿Sólo en un recuerdo, en un espejo, en la fotografía más vieja? A veces, transitan por el aire, las conozco; se dirigen a allá, llegan a aquel lugar estratégico. Y mis trenzas de antaño las encuentran.

XIII

Ellos tenían siempre la cosecha más roja, la uva centelleante. A veces, al mediodía, cuando el sol embriaga, —si no, nunca nos atraviéramos— mi madre y yo, tomadas de la mano, íbamos por los senderos de la huerta, hasta pasar la línea casi invisible, hasta la vid de los monjes. La uva erguía bien alto su farol de granos; cada grano era como un rubí sin facetas con una centella dentro. Ellos estaban aquí y allá, con las sayas negras o rojas, y parecían escudriñar diminutas estampillas, grandes láminas, o meditar profundamente sobre el Santo de esos lugares. A nuestro rumor alguno dirigía hacia nosotras la mirada como una flecha de oro o de plata. Y nosotras huíamos sin volvernos, temblando bajo el inmenso sol.

XIV

A veces, en el trecho de huerta que va desde el hogar a la alcoba, se me aparecían los ángeles.

Alguno, quedaba allí de pie, en el aire, como un gallo blanco —oh, su alarido—, como una llamada de azucenas blancas como la nieve o color rosa.

A veces, por los senderos de la huerta algún ángel me seguía casi rozándome; su sonrisa y su traje, cotidianos; se parecía a algún pariente, a algún vecino (pero, aquel plumaje gris, sinietro, cayéndole por la espalda hasta los suelos. . .) Otros eran como mariposas negras pintadas a la lámpara, a los techos, hasta que un día se daban vuelta y les ardía el envés del ala, el pelo, un número increíble.

Otros eran diminutos como moscas y violetas e iban todo el día de aquí para allá y éstos no nos infundían miedo, hasta les dejábamos un vasito de miel en el altar.

XV

Los hongos nacen en silencio; algunos nacen en silencio; otros, con un breve alarido, un leve trueno. Unos son blancos, otros rosados, éste es gris y parece una paloma, la estatua a una paloma; otros son dorados o morados. Cada uno trae —y eso es lo terrible— la inicial del muerto de donde procede. Yo no me atrevo a devorarlos; esa carne levísima es pariente nuestra.

Pero, aparece en la tarde el comprador de hongos y empieza la siega. Mi madre da permiso. El elige como un águila. Ese blanco como el azúcar, uno rosado, uno gris.

Mamá no se da cuenta de que vende a su raza.

XVI

Los labriegos nocturnos labran la tierra; la luna es más piadosa que el sol.

Veó al abuelo, a la abuela, a los vecinos, a mi padre, a mi madre. Corren detrás del arado, la mansera; los bueyes llevan el asta como la cruz a cuestras, como si ya divisaran su monte Calvario. La tierra, al abrirse, deja salir seres inominados: un hueso, un hongo, un huevo.

Como no las ven, las ovejas se acercan a la casa, roen el jardín de nardos; parecen dioses venidos a menos, ya sin ninguna pretensión.

La luna sube de pronto como una achira, como un churrinche; más en lo alto, se queda blanca y fija igual que una paloma sin alas.

Los caballos y las vacas trotan, cansado ya, pero, siempre paciente, su viejo corazón trabajador. Veo a los abuelos, los padres, a Ana y María —las siervas—, a Pablo y a Juan. Están todos.

Y parece que no hay nadie.

XVII

Soy siempre la misma niña a la sombra de los durazneros de mi padre. Los duraznos ya están oscuros, ocres y rosados, ya muestran los finos dientecillos, la larga lengua de oro, las manzanas y las peras aún son verdes; en su follaje me refugio. Pero, espío hacia la casa, escucho las conversaciones, las fogatas, veo llegar de visita, los parientes, los vecinos; pasa de largo el humo arriba de los pinos; resuena la campana del té.

Y yo estoy allí oculta en medio de la fronda. Los duraznos son como siniestros pimpollos de rosa.

XVIII

A esa hora, los animalitos de subtierra empezaban su trabajo, (los que usan saco duro y laborar al ritmo de tambores: toc - toc). A esa hora la luna llegaba hasta aquel sitio logrando su máximo fulgor; y el palomar se desataba sobre la luna; pero esos pájaros, de lejos, parecían mariposas, grandes moscas centelleantes. Las palomas sobrevolaban a la luna, la picoteaban, la acariciaban.

Y todo esto se hacía más evidente al mirar las cosas desde el bosque negro de naranjos. Y los abuelos allí sentados, inmóviles, con sus batones en rosa pálido, sus aciagas trenzas.

Siempre tenían en la mano algo excesivamente brillante, lo mostraban, lo escondían. —¿Es que se cayó una paloma?— yo me acercaba, espiaba, suplicaba— ¿o es una liebre cilla de los lirios?

Pero ellos, daban siempre una respuesta extraña: —Es un santo, —decían— es San Carlos, San Cristóbal, es Santa Isabel.

No puedo ordenar mis recuerdos.

La luna me los desbarata cada vez.

.

.

XIX

Más allá de la tierra, por el aire, en el plenilunio, como una vara de azucenas, su costado se carga sin tregua, de jacintos, de narcisos, de azucenas. Los lobos al mirarle se amilanan; los corderos se arrodillan, locos de amor y de miedo. El ambula, va, como un candelabro errante, como una hoguera, va hacia la casa, pasa junto a los armarios, al hogar; con sólo mirarlas asa las manzanas, las abrillanta, las envuelve en papel confitado, echa piedrecillas de colores en el arroz, hace fosforecer los panes y las peras. Se hinca en mitad de la mesa como una vara de yuca por noviembre, caza una estrella, se carga de velitas, de piñones, botellitas. Va hacia el dormitorio, gira sobre mi sueño, sobre mis ojos bien abiertos, como una madona con traje rosa y manto breve, se sostiene en el aire como una corona hecha por tres hileras de perlas, como una lámpara. Es un pez, una rama de coral fuera del agua, con cada coral bien henchido igual que un pimpollo o como un labio. Vuelve hacia

la luna; ahuyenta a los caballos, las lechuzas, que se precipitan en vuelo en un instante y se detienen. Me llama a mí que estoy desvelada y nos vamos más allá de las colinas, de los labriegos nocturnos que quisieran segarla como a una hortensia.

XX

Las margaritas abarcaron todo el jardín; primero, fueron como un arroz dorado; luego, se abrían de verdad; eran como pájaros deformes, circulares, de muchas alas en torno a una sola cabeza de oro o de plata. Las margaritas doradas y plateadas quemaron todo el jardín. Su penetrante perfume a uvas nos inundó, el penetrante perfume a uvas, a higo, a miel, de las margaritas, quemó toda la casa. Por ellas, nos volvíamos audaces, como locos, como ebrios. E íbamos a través de toda la noche, del alba, de la mañana, por el día, cometiendo el más hermoso de los pecados, sin cesar.

XXI

A la hora en que los robles se cierran dulcemente, y estoy en el hogar junto a las abuelas, las madres, las otras mujeres y ellas hablan de años remotos, de cosas que ya parecen de polvo y a mí me da miedo y me parece que esa noche sí va a venir el labriego maldito, el asesino, el ladrón que nos va a despojar de todo, y huyo hacia el jardín y ya están las animalejas de subtierra —digo yo—, ellas tan hermosas, con sus caras lisas, de alabastro, sus manos agudas, finas, casi humanas, a veces, hasta con anillos. Avanzan por los senderos, diestramente.

Asaltan la violeta mejor, la que tiene un grano de sal, la celedonia que humea como una masita con miel, el canastillo de los huevos de mariposa —oh, titilantes—.

Actúan con tanta certeza.

Una vez mi madre dio caza a una, la mató, la aderezó, la puso en mitad de la noche, de la cena, y ella conservaba una vida levísima, una muerte casi irreal; parecía huída de un ban-

: quete fúnebre, de la caja de un muerto maravilloso. La devorábamos y estaba como viva.

El anillo que yo ahora uso era de ella.

XXII

Las cebollas de plata, de gasa bermeja, con sus trenzas muy rígidas, sus rizos muy lacios, el ajo, de marfil y de lilas, envuelto en un capullo de organdí y de humo, las papas deformes, que, por esas excentricidades de la subtierra, de pronto, echan al costado un pimpollo de rosa en rosa encendido, las ramitas de mármol de la coliflora, que más parecen glicinas sabrosas, el tomate como naranja carnavalesca, las arvejas, en azul muy pálido, como perlas españolas, la echuga en perpetua adolescencia, con su paso verdeluz, lleno de gracia, los peces, partidos al medio y cargados de perlitas y de alitas y de flores, el pollo, de muerte reciente y ya envuelto en un halo de arroz, de ciruelas y óleo, la tuez milenaria, llena de arrugas y de perfume, como perfumero o viejecita, la liebre —parecida a la muerte— de largas orejas, escuchando formida, las viejas pastoras vestidas de rafia, los mercaderes. Papá.

XXIII

Los gladiolos son de mármol, de plata pura, de alguna tela fantasma; son los huesos de María Santísima, que aún andan por este mundo.

Hace mucho me persiguen esas varas espectrales. Por la noche cruzan la ventana; si estoy soñando se entran en mi sueño, si me despierto, están de pie junto a la cama.

Los gladiolos son como los ángeles, como los muertos. ¿Quién me libra de esa vara tenue, de la mirada de ese ciego?

XXIV

Todas la muerte y la vida se colmaron de tul.

Y en el altar de los huertos, los cirios humean.
Pasan los animales del crepúsculo, con las astas llenas de cirios encendidos y están el abuelo y la abuela, ésta con su vestido de rafia, su corona de pequeñas piñas. La novia está toda cargada de tul, tiene los huesos de tul.

Por los senderos del huerto, andan carruajes extraños, nunca vistos, llenos de niños y de viejos. Están sembrando arroz y confites y huevos de paloma. Mañana habrá palomas y arroz y magnolias por todos lados.

Tienden la mesa; dan preferencia al druida; parten el pastel lleno de dulces, de pajarillos, de perlitas.

Se oye el cuchicheo de los niños, de los viejos.

Los cirios humean.

Los novios abren sus grandes alas blancas; se van volando por el cielo.

De ciprés a ciprés iban los planetas, alguno, grande, fijo, como un limón, como una llama.

De ciprés a ciprés iban los trenes. Su violín triste, señalando el desencuentro, el sur de todas las cosas. A veces, los mayores decían algo como: Oswald ha muerto y lo llevan a la estación de..." pero para ella, que sólo tenía cinco años, casi no poseían sentido ni Oswald ni la muerte.

A esa hora los mayores —el abuelo, la abuela, el padre, la madre— se retiraban al altar. Pero ella quería quedarse en ese rincón del jardín, mirando caer las piñas. Oh, los livianos maderos llenos de guindos extraños.

Así que Iván apareció y le dijo: —Mi corazón es un conejo. Y ella tuvo que mirar hacia arriba, porque él era alto, él era un hombre. El se inclinó, se arrodilló; ella le miraba el pecho, buscándole dos hojas largas y blancas, dos orejas largas y blancas. Pero, de súbito, lentamente, empezó a adivinar. Su terror fue tanto que

en vez de huir hacia la casa, se metió en el bosquecillo; resbalaba entre las ramas; pero, allí parecía haber unas mujeres y unos hombres, quietos bajo el manto, quizá con qué horrible designio, y animales de cuatro y cinco ojos verdes, fijos, que la escudriñaban, la miraban centralmente.

Así que olvidándose casi hasta de ella misma, salió al descampado; iba a meterse entre las viñas, las grandes hojas le darían sosiego. Pero, ya pasaban los murciélagos del crepúsculo fumando sus pequeños cigarrillos de plata. Y se detuvo. A dos o tres metros, Iván la descubrió, avanzaba hacia ella, ella se desvanecía, él la levantó, la abrazó, le decía: —No llores, te llevaré de nuevo hacia la casa.

Ella sabía bien que no era cierto.

XXVI

Cuando todavía andaba con los mercaderes, después `dèl` largo `desierto, un campo `de pláta. Lejos, algún molino solitario; cerca, los árboles como espantapájaros cubiertos de rocío. Más allá del velo de la luna y los vapores los camellos empezaron a labrar las hojas y eran como dulces monstruos de otra historia. El jefe — su boca sequísima llena de dientes como perlas, como un molusco que se hubiese ido en perlas, en un cáncer de perlas, oteaba el aire azul, aspiraba; sus sentidos eran finísimos. Anunció que se iba aproximando una futura víctima nunca imaginada, un ser singular, algo con lo que nunca jamás íbamos a hallar parecido. La verdad era que todos teníamos una terrible hambre porque la vigilia había sido demasiado larga y todavía estábamos bien distantes de todo. Apres-
tamos las lanzas. La niña cayó de súbito en nuestro círculo, antes de lo que esperábamos.

—Detrás del rocío los camellos se pusieron alertas—. Venía desnuda; el aire le movía el cabello; parecía no recordar una sola palabra, no

oir nada; sólo sus ojos se fijaban poderosamente en todo; tenía el cuello largo y hermoso y los ojos levantados y hermosos. Por juego la dejábamos escapar y le volvíamos a poner cerco.

De pronto, lejos, lejísimo, más allá de los valles y los montes, una voz clamoreó, repitió un nombre de muchacha, un nombre parecido a: ¡Isabel!... a ¡Isabel!...

Entonces, por un segundo, ella escuchó atenta, luego, sin decir una sola palabra, sin oír nada, se nos huyó sin que pudiéramos detenerla.

A la sombra de una parva de pastos plateados le dimos caza definitivamente. Los senos le latían como dos palomitas con miedo. No nos costó ningún trabajo matarla.

Su carne era riquísima; su tuétano, delicioso. Tenía el mismo sabor de esos monstruos de cabello blanco que nacen adentro de las matas de lirio y no se salen nunca de allí.

XXVII

Entre la lavanda y la alhucena pasa la reina de los valles, entre las margaritas como huevos pálidos, asados, y las celedonias y las diademas de miel pasa la reina de la belleza en su carro azul tirado por un caballito del bosque y una mariposa.

Pero, cae la noche y se encienden las grandes estrellas que dan miedo y a la fuente vienen a buscar agua, los árabes y a beber, los camellos. Y una joven gacela se huye de su madre y roe las flores en torno a la casa y un joven camello se le enamora. Y ella accede a amarlo. Y yo le grito, dándole un nombre de flor o de muchacha: —¡Margarita, es pecado!

Y ella vuelve hacia mí, el rostro casi de oro, los altos pétalos de la frente y me dice —¿Y qué?

XXVIII

Afuera ruge el bosque; adentro está la fiesta; los hombres y las mujeres van de una pared a otra, las muchachas más leves que abanicos. Mi madre conserva su esbeltez niña, mi padre la corteja, hace años que aguarda el sí o el nó, esa palabra como una joya final que ella no dará nunca; mi padre la corteja aunque ya ardió muchas veces la vara de manzano y tienen hijos casi donceles. Hasta que empieza el vals y esos rostros comienzan a hamacarse y mi madre es la estatua hacia la que miran todas las conquistas.

Y el pavo —degollado hace una hora, su cabeza como una joya, en cualquier parte— se envanece, se pavonea porque se bebió todas las nueces y un jacinto de caña.

Y yo estoy en este otro lado, inmóvil, junto a esa ave ebria.

Y ruge el bosque y la luna da órdenes; y sólo mamá es el Amor.

XXIX

A los diez años
yo era aquella alta niña rubia
al pie de las parvas de papas que mi padre
[levantaba
cerca de los rosales y la luna.

Ardían las legumbres, la paja de oro, los caballos
[blancos desconocidos,
que, a la tarde, venían a visitarnos,
la cabellera hasta el suelo, igual a la mía,
los ojos como medallones con zafiros,
la boca llena de tremendas perlas,
iban arriba de la tarde,
encima de la noche de rocío;
ellos eran como reyes, soldados
de una victoria en la que no teníamos parte;
No sé si eran cincuenta o sólo uno,
nunca pude contarlos,
pasaban como nubes, como sueños;
rompieron el corazón de porcelana de la huerta,
se asomaban a mirarles las lechuzas, los gigantes,
pero, cabían en mis manos,
galoparon, dulcemente,
adentro de los aparadores de la abuela.

XXX

Nos avisaron antes de que firmásemos el contrato; pero, era una tierra tan hermosa, tan plena de acelgas y de rosas. Además, ellos disimularon por varios días, Hasta que un día, de pronto, aparecieron los ángeles; se abrían en abanico delante del arado de mi madre; alguno quedaba como una rosanieve, fija, en la oreja del caballo. Todo el día iban de aquí para allá, como árboles errantes, transparentes; cruzaban las habitaciones, se les veía arder la cara de cera, los ojos azules, el cabello largo, de lino o de tabaco; por cualquier lado nos hallábamos una de sus perlas; ardían adentro del espejo, de la cama, de la mesa, como un ramo de pimpllos. Por la noche, entraban a robarnos la miel, el azúcar, las manzanas. Y al alba ya estaban sentados en la puerta cuchicheando en su suave idioma del que nunca entendimos una palabra. Ponían unos huevos rosados, pequeños y brillantes, que parecían de mármol, que se abrían enseguida y dejaban salir nuevas bandadas de ángeles.

A veces, mi madre creía saludar a una vecina; pero, a la otra, de pronto, le empezaba a arder la frente, una rosa extraña en la cintura.

Así, no pudo soportarlo más y vendió la huerta. Cuando nos íbamos para siempre, yo logré llevarme un ángel —pequeño— bajo el manto. Pero, en mitad del camino, mamá se dio cuenta y lo ahuyentó.

XXXI

Las estrellas ardían un poco lilas, un poco funerarias, como si se les hubiese caído la envoltura brillante, el papel de colores; y rugía, remotamente, el cañaveral de los muertos. Pero, era una hermosa tardecita, era abril. La asamblea había tenido lugar en la cueva; pero, ya estábamos bajo el membrillar. El jefe dio las últimas instrucciones. No podía haber fracaso. Cada uno pensó en su casa, allí cerca en cada huerto; era la hermosa hora, la del humo, la de los cirios rojos, cuando cada abuela taconeaba dulcemente en torno al pastel de manzanas. Todavía éramos casi niños; algunos de nosotros teníamos novia y era la hora de ir a visitarla; algunas de nosotras teníamos novio y era la hora de que nos viniesen a ver. Así, sentimos nostalgia, miedo y también, una gran audacia.

Empezamos a reptar; cerca, lejos, pasaba algún amo de los huertos, con una pequeña carga de manzanas, un jarrón de leche. Aparecieron los gladiolos, como un mar de espumas, de cisnes, se les sentía el aroma a azúcar, a azahar; en parte, hubo que segarlos, nos diezmaban. Cerca del

linde, la reunión se realizó otra vez, rápidamente. La casa apareció de súbito, las puertas de par en par. Nos encaramábamos, nos escondíamos. Ella taconeó dulcemente; se le veían los cirios, las manzanas; se asomó, tal vez, ya, con un temblor, un frío presentimiento. Alguno de nosotros no pudo reprimir un pequeño grito de ansiedad, un silbo como de víbora.

Y las estrellas cayeron al silencio. Los gladiolos brillaron como nunca.

XXXII

Decían que iba a venir de visita el dios. Desde el alba empezó el trajín. Pusimos el mantel mejor, los exquisitos huevos en almíbar, los platitos bien cargados de olivas bien maduras y de perlas. Toda la mañana espiamos al aire y al cielo, los árboles, las nubes solitarias. Alguien tocó a la puerta; no pudimos atenderle, queríamos estar a solas y rezar.

Pero, al mediodía, él llegó sin que viésemos por dónde. Allí estaba con sus largas trenzas, su mantón de lana, sus larguísimas astas de madera; nos arrodillamos, rezábamos, llorábamos; le servimos el manjar mejor, el gallo de fantasía, todo lleno de grandes grageas; almorzó, bebió; recorría la casa; dijo que quería llevarse algo, ya que no iba a volver jamás. Revisó el aparador, las telarañas, las tacitas de porcelana, el gran reloj al pie de la cama de la abuela, olfateó el roble, la albahaca, registró la cómoda, cajón por cajón, miró en el álbum; preguntó quién era Celia. Le mostramos la hermana pequeña.

La eligió.

XXXIII

Porque dí en recordar todo, la vieja casa, el caballo de mi padre, el hongo aquel que nació cerca de la casa —él también una criatura, la voluntad de Dios— el gusto que tenía, la otra morada allá en lo alto, el diálogo interminable de mi madre con los parientes, la escuela, la maestra, el caminillo de acelgas nacaradas, rojas, azules, sonrosadas, la vuelta de la escuela cada tarde, el carromato de los astros, la polvareda de los astros, mi primer casamiento, cuando la abuela fue sacerdote sumo —y tan fiel—, el delantal de organdí que usé entonces, la corona de pequeñísimos bizcochos. Los teru - teros una bandada de lágrimas.

XXXIV

No sé de dónde lo había sacado mi padre —él no salía nunca—; tal vez, desde el linde mismo del campo; allí estaba, el nuevo cuidador de las papas. Le miré la cara color tierra, llena de brotes, de pimpollos, la casaca color tierra, las manos extrañamente blancas y húmedas, que tentaban a cortarlas en rodajas y a freirlas. Pero, el abuelo no dijo nada y mi madre, tampoco. Sólo los perros adivinos empezaron a dar saltos y a gruñir y hubo que echarlos al jardín y ponerles cerrojo. El se marchó, escopeta al hombro, hacia el gran cantero; allí quedaría bajo la luna, apuntando a los posibles ladrones, a las zorras que bajaran del bosque, y, sobre todo, a las liebreccitas roedoras.

Pero, cuando cayó del todo la sombra, mi raro corazón ya caminaba a saltos, manejando una sangre ya confusa; fui a ver a mi madre; ella estaba apoyada en la ventana, su recto perfil mirando hacia las sombras, no me atrevía a decirle nada. Volví a mi alcoba, cerré las puertas; los astros, con su plumaje de colores empezaron a volar de este a oeste, de un mundo a otro; me

levanté, crucé el jardín, los perros gruñeron, no tenía miedo, había tal resplandor, además, conocía todos los escondites, los subterfugios, hubiera podido desaparecer bajo la tierra. Lo terrible fue que él me estuvo apuntando desde el principio. Cuando mordí la primera ramita, disparó, caí, me dio por muerta. Durante toda la noche, aunque soñé cosas increíbles, mis ojos permanecieron abiertos y mis largas orejas se mantenían atentas; sólo mis cuatro patitas se entrechocaban temblando.

Al alba él me tomó, me alzó, la sangre rodó por mis flancos. Caminaba hacia la casa; ya allá se oía un rumor confuso, alguien estaría levantado, ya en la cocina; tal vez, los abuelos. El entró —mis ojos se nublaron terriblemente—, me arrojó allí; dijo: —Noche tranquila. Una sola liebre.

XXXV

Me acuerdo de los repollos acresponados, blancos, —rosanieves de la tierra, de los huertos—, de marmolina, de la porcelana más leve, los repollos con los niños dentro.

Y las altas acelgas azules.

Y el tomate, riñón de rubíes.

Y las cebollas envueltas en papel de seda, papel de fumar, como bombas de azúcar, de sal, de alcohol.

Los espárragos gnomos, torrecillas del país de los gnomos.

Me acuerdo de las papas, a las que siempre, plantábamos en el medic un tulipán.

Y las víboras de largas alas anaranjadas.

Y el humo del tabaco de las luciérnagas —que fuman sin reposo.

Me acuerdo de la eternidad.

El presente volumen constituye la entrega No. 22 de Aquí Poesía, publicación bimestral dirigida por Ruben Yacovsky. Croquis tipográfico y cerátula de Sarandy Cabrera. Impreso en forma cooperativa en los Talleres Gráficos de la Comunidad del Sur, Canelones 1484, Montevideo, Uruguay, junio, de 1965.

Marosa di Giorgio Médicis nació en Salto, Uruguay, ciudad en la que reside. Cumplió bachillerato en Derecho y actúa en teatro vocacional.

Publicó **Poemas** reeditado en la colección **Lírica Hispana**, de Venezuela. Su segundo título, **Humo** fue reeditado en parte por los **Cuadernos Julio Herrera y Reissig**.

Publicó en la mencionada colección **Lírica Hispana** otro libro **Druida**. Obtuvo un premio para inéditos del Ministerio de Instrucción Pública de nuestro país en el año 1960 por su volumen titulado **Magnolia**.

Colabora activamente en distintas publicaciones nacionales y extranjeras. Realizó lectura de su obra en varias instituciones culturales uruguayas y argentinas.

De próxima aparición

—**REVISTA:** con poemas de Roberto Ibáñez, Orfila Bardesio, Julio Fernández, Alba Tejera, Lucio Muniz, Hugo Giordano, Pablo Alamo, V. García Robles, María Granata y poetas brasileños jóvenes.

